

Luis de Requesens, mientras don Fernando Hurtado de Mendoza y el duque de Arcos acababan de exterminar los moriscos dispersos de Ronda y de la Alpujarra.

Réstanos dar cuenta del fin que tuvo el reyezuelo de montaña Aben Aboo, que todavía andaba por lo mas agrio de la sierra con cuatrocientos hombres que le habian quedado, guariéndose ya en una ya en otra cueva entre Bérchul y Trévlez. Las personas de quienes mas confianza hacia eran su secretario Bernardino Abu Amer, y un famoso monfi llamado Gonzalo el Xeniz, y estos fueron precisamente los autores de su trágico fin, instigados por un platero, vecino de Granada, nombrado Francisco Barredo. Habia el platero comunicado su plan al duque de Arcos y al presidente y Consejo de Granada y logrado que le ayudasen en él. Mas como el moro que llevaba una carta del presidente para Gonzalo el Xeniz cayera en poder de los secuaces de Aben Aboo, por salvar la vida entregó á este la carta en que se revelaba el proyecto. Tomó entonces Aben Aboo una cuadrilla de sus escopeteros, y con ellos partió á media noche á sorprender al Xeniz que se hallaba en la cueva de Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombarón. Entró en ella con solos dos hombres; enseñó los despachos al Xeniz; mostróse este indignado, diciendo que todo era calumnia y traicion; y cuando Aben Aboo salia á llamar á Abu Amer y á los suyos, detuvieronle á la puerta de la cueva seis hombres del Xeniz; llegó este entonces por detrás, y con la escopeta le dió en la cabeza tan fuerte golpe que le derribó al suelo, y allí le acabaron de matar. Dispersáronse con esto los escopeteros de Aben Aboo, y los mas se agregaron despues al Xeniz para gozar del indulto que á él le habia sido ofrecido (marzo, 1571).

Dispúsose conducir á Granada el cadáver del desdichado Aben Aboo, y para evitar la putrefacción se le abrió y rellenó de sal. Establillado despues por debajo del vestido y colocado derecho y como á caballo sobre una acémila, en términos que semejava estar vivo, fué llevado á la ciudad, yendo á su derecha el platero Barredo, á su izquierda el Xeniz con la escopeta y el alfanje de Aben Aboo; detrás los moros reducidos con su ropa y bagajes, y á sus lados las cuadrillas de gente de guerra de aquellos presidios. Entraron por la ciudad haciendo salvas con sus arcabuces: el pueblo saludó con júbilo aquella procesion burlesca; el Xeniz hizo su acatamiento al duque y al presidente entregándoles las armas de Aben Aboo, y el cuerpo de este desgraciado fué arrastrado por las calles, descuartizado despues, y colocada la cabeza en una jaula de hierro, fué puesta sobre el arco de la puerta del Rastro que da salida al camino de las Alpujarras (1).

La tierra se fué poblando de cristianos, al principio con alguna dificultad, pero despues con el aliciente de las haciendas que el rey mandó distribuir y de los privilegios y franquicias que otorgó á los nuevos pobladores, ya no faltaban cristianos que apetecieran ir á morar en el territorio morisco.

Así acabó la guerra de los moriscos de Granada, últimos restos de la dominacion sarracena en aquel reino: guerra sangrienta y feroz, en que musulmanes y cristianos, todos cometian excesos y ejecutaban crueldades horribles, todos hicieron acciones de valor heroico: guerra desigual entre un pueblo de montaña, reducido al recinto estrecho de una provincia española, y el poder de un soberano que dominaba la mitad del mundo: guerra en que los esfuerzos individuales y los arranques de la desesperacion suplieron en el pueblo rebelado la falta de gobierno, de organizacion, de ejército y de leyes:

(1) Pusiéronle un rótulo que decia:

*Esta es la cabeza
Del traidor de Abenabó.
Nadie la quite
So pena de muerte.*

Mendoza en el libro IV y último de la Guerra de Granada, y Mármoel en el X de la Rebelion y castigo de los Moriscos, cap. 8, difieren en algunas circunstancias y pormenores de la muerte de Aben Aboo, pero están conformes en lo principal del suceso. Hemos seguido á Mármoel, que en lo general suele estar mejor informado de estos incidentes, como persona que podia verlos por sí mismo.

guerra que creemos hubiera podido evitarse con alguna mas prudencia de parte del monarca y de los consejeros españoles, pero necesaria si se atiende al modo con que Felipe II se propuso establecer la unidad religiosa en el reino: guerra, en fin, en que el jóven don Juan de Austria hizo una gloriosa prueba de capitan valeroso y activo, entendido y prudente, y cuyo triunfo, bien que honroso, fué solamente como el anuncio de los laureles que mas en abundancia habia de recoger en otro mas ancho campo en que vamos á verle ahora.

CAPÍTULO XIII

Don Juan de Austria.—Lepanto

DE 1570 Á 1574

Planes del sultan Selim II sobre la isla de Chipre.—Resuelve su conquista.—Rompe la paz con Venecia.—Prepárase á la guerra la república: busca aliados y pide auxilio.—El papa y el rey de España.—Principio de la Liga.—Conferencias en Roma: capítulos.—Guerra de Chipre.—Generales y fuerzas turcas.—Generales y fuerzas venecianas.—Sitio y toma de Nicosia por los turcos.—Escuadra auxiliar de España: Juan Andrea Doria.—Escuadra pontificia: Marco Antonio Colonna.—Disidencias entre los aliados.—Retírase Andrea Doria.—Vuélvese la armada de los confederados.—Realízase la liga cristiana y se jura.—Célebre sitio de Famagusta por los turcos.—Defensa heroica de los venecianos.—Se rinden.—Horribles é inauditas crueldades de Mustafá.—Generales de la armada y ejército de la Liga: Generalísimo, DON JUAN DE AUSTRIA.—Sale don Juan de Madrid: va á Barcelona, Génova, Nápoles y Messina.—Reunion de la armada de la Liga.—Número de naves y hombres.—Parte la armada á Levante.—Armada turca: Pertew-Bajá y Ali-Bajá.—Orden de las dos armadas.—Memorable batalla de Lepanto.—Pericia y denuedo de don Juan de Austria.—Muerte de Ali-Bajá.—Triunfo glorioso de la Liga, y destruccion de la armada turca.—Retirada de los aliados.—Festejos en Venecia, Roma y Madrid.—Escaso fruto que se recogió de la victoria y sus causas.—Repone el turco su armada y vuelve sobre Candia.—Lentitud de los coligados, y motivos que la ocasionaban.—Muerte del papa Pio V.—Gregorio XIII.—Detencion de don Juan de Austria y sus quejas.—Hácese otra vez á la vela.—Campaña naval de 1572.—Retirada de los aliados.—Bochornosa paz de Venecia con Turquía.—Disuélvese la Liga.—Marcha don Juan de Austria á Berbería y reconquista á Túnez.—Vuelve á Italia.

Dejamos en el capítulo anterior á don Juan de Austria triunfante de los moriscos granadinos, y preparándose á buscar otros laureles con que ceñir su noble frente en otro campo mas extenso y en empresas mas dignas de su elevado ánimo y de su gran corazon. El que habia vencido á unos moros montaraces, aunque bríosos y valientes, entre las breñas y riscos de una comarca de la Península española, iba á ser puesto á prueba lanzándole á los mares de Oriente y colocándole como general en jefe de la armada de tres naciones confederadas, frente á frente de las fuerzas marítimas del Gran Turco, que era entonces formidable y poderoso en las aguas, y desafiaba y traía alarmada toda la cristiandad. Menester es que reseñemos brevemente las causas que obligaron á las potencias cristianas que nombraremos luego á unirse y coligarse contra el imperio otomano, y la situacion respectiva en que se hallaban las fuerzas de los turcos y de los confederados cuando el hermano natural de Felipe II, jóven de veinticuatro años, fué llamado á desempeñar el primer papel en aquella solemne contienda.

La conquista de la fertilísima isla de Chipre, tributaria antes de los sultanes como sucesores del soldan de Egipto, y despues cedida á la república de Venecia por Catalina Cornaro, noble veneciana, viuda del rey Jacobo, habia sido el proyecto favorito del sultan Selim II que sucedió en el imperio á su padre Soliman, muerto en la guerra de Hungría en 1566. Desde antes de subir al trono, y cuando era solamente príncipe heredero, habia tenido ya este pensamiento. Criado este príncipe entre los placeres del serrallo, codicioso de oro, pero todavía mas apasionado del vino, por mas que lo prohibiera su ley, y llamado por esto «el bebedor, el ébrio,» acaso no era el menor aliciente para sus planes de conquista el verse poseedor del suelo que producía aquellos ricos y sabrosos vinos de Chipre á que era tan aficionado. No faltaba quien le representara la conquista de Chipre como la empresa mas ventajosa á los intereses de la Puerta Otomana, como la mas digna de un hijo

del gran Soliman. Hablábale en este sentido su visir Mustafá, y bien que Mohammed-Bajá y el gran mufti, celosos de la primanza de Mustafá, intentaran persuadirle que debia atender con preferencia al socorro de los moriscos granadinos y enviar las naves del imperio á España, prevaleció en el ánimo de Selim el consejo que mas le habia halagado siempre, el de arrancar á Chipre del poder de Venecia. Esto explica por qué los turcos dejaron abandonados á los desgraciados moriscos de Granada, por qué, cuando el hermano de Aben Humeya y Fernando el Habaquí pasaron á Constantinopla (1569) á solicitar el socorro del Gran Señor no obtuvieron sino promesas y buenas palabras, por mas que el mufti y el visir Mohammed se esforzaran por inclinar al sultan á favorecerlos (1).

Quedó, pues, resuelta la conquista de Chipre. No importaba que el imperio otomano estuviera entonces en paz con Venecia. Para los musulmanes no habia tratado de paz legítimo sino era ventajoso á la generalidad de los musulines. En el momento que la ruptura de una paz podia ser útil á los intereses del islamismo, aquella paz podia romperse legalmente. Todo país en que hubiera habido mezquitas y se hubieran convertido en iglesias cristianas debia volver al culto del islam. Con estas máximas nada mas fácil que tener siempre motivo de guerra. Además las rentas de Chipre habian sido aplicadas en otro tiempo por los soldanes de Egipto al entretenimiento de los santos lugares de la Meca y Medina: era menester que lo fueran ahora á la ereccion de la gran mezquita que se construía en Andrinópolis. El precio pues de la paz habia de ser la cesion de Chipre á la Puerta Otomana por la república de Venecia, y la intimacion que en este sentido fué á hacer un enviado del sultan al senado de la Señoría confirmó lo que habia estado avisando su bailío en Constantinopla (febrero de 1570).

El senado rechazó dignamente la injuriosa propuesta; el pueblo se irritó contra el emisario (*eschawsch*), que tuvo que salvarse saliendo por una puerta excusada; alegróse Selim de una repulsa que le ponía en la mano la ocasion de la guerra; Venecia se arrepintió, aunque tarde, de su imprudente confianza, y quiso reparar á fuerza de actividad su anterior descuido. Arbitró recursos, vendió propiedades y oficios, dióse prisa á equipar naves, nombró general de ellas á Jerónimo Zanne, procurador de San Marcos, dió el mando de las tropas de tierra á Sforza Pallavicino, puso la provision general de la armada á cargo de Antonio Canale y Jacobo Celsi, y en poco tiempo se hallaron equipadas ciento treinta y seis galeras, once galeazas, catorce naves y otras embarcaciones menores. Pero Venecia no era ya la antigua reina del Adriático: escasos eran sus recursos, pocas é indisciplinadas sus tropas, las plazas fuertes descuidadas y deterioradas, mal acondicionadas sus naves. Venecia volvió los ojos á las naciones cristianas en demanda de auxilio; pero en pocas halló calor y apoyo. Francia, su antigua aliada, combatida por los bandos interiores que ensangrentaba su suelo: Inglaterra, hecha protestante y nada interesada entonces en el triunfo ni en la prosperidad del catolicismo; Maximiliano de Austria, en tregua á la sazón con el turco; el rey don Sebastian de Portugal, con su reino infestado, y ocupado él en reparar sus costas: los Estados y príncipes de Italia, pequeños, pobres y divididos; los unos le contestaron con promesas para lo futuro, los otros, como Génova, Saboya, Florencia, Malta y Urbino, le suministraron tal cual galera y cortísimo número de soldados.

¿Qué le quedaba á Venecia de donde pudiese recibir una proteccion que algo pudiera valerle en el gran peligro que la amenazaba? Quedábanle Roma y España, dos potencias que no le estaban agradecidas. Sin embargo, ni el papa Pio V ni el

(1) Segun Hammer, Historia del Imperio Otomano, lib. XXXVI, el principal instigador de Selim para la conquista de Chipre fué un judío converso, originario de Portugal, llamado Juan Miguez, y que despues cuando volvió al judaismo tomó su antiguo nombre de Joseph Nassy, el cual habia logrado ganar el corazon del príncipe con obsequios de dinero, de perlas, y sobre todo de exquisitos vinos, haciéndole tomar aficion á los *ducados de Venecia y á los vinos de Chipre*, y que un dia entre los vapores de la embriaguez habia soltado el príncipe turco la halagüeña promesa de coronar á Joseph por rey de Chipre. Todo esto es muy posible, mas no creemos que la empresa tuviera este solo y tan liviano origen.

rey Felipe II como príncipes católicos y como señores de Estados en Italia, podían ver con indiferencia el daño que del engrandecimiento de los infieles habia de seguirse á la religion en general y á sus propios particulares dominios. El papa no solamente se prestó á socorrer á la república con doce galeras armadas á su costa, de que nombró general á Marco Antonio Colonna, duque de Paliano y de Tagliacozzo, sino tambien á servir de medianero con el monarca español, á cuyo efecto le envió á monseñor Luis de Torres, clérigo de su cámara apostólica, y varon muy prudente y docto, con una larga carta y con el encargo especial de que viera de mover su real ánimo á que entrara en la liga con Su Santidad y con Venecia contra el amenazante poder de los otomanos (abril de 1570). Grandes eran las atenciones que á la sazón tenia Felipe II en Flandes, en Granada y en la costa de Africa. Pero se trataba de la causa de la religion, y el que habia protegido á Malta contra el poder de Soliman, no habia de desamparar á Chipre amenazada por las fuerzas de Selim. Así, aunque se reservó meditar mas detenidamente para resolverse á entrar ó no en la liga, desde luego prometió dar órden á Juan Andrea Doria, su almirante de Sicilia, para que con sus galeras navegase la vuelta de Corfú, y se uniese á las de Venecia y del papa.

No tardó el monarca español en resolverse en favor de la liga. El delegado pontificio le habia encontrado en Écija, caminando de Córdoba á Sevilla. El último dia de abril hizo su entrada solemne en Sevilla Felipe II, y el 16 de mayo nombró ya sus representantes en Roma á los cardenales Granvela y Pacheco, y á su embajador en aquella corte don Juan de Zúñiga, con plenos y amplísimos poderes para que, en union con el romano pontífice y los procuradores de la república de Venecia, trataran y estipularan en los términos mas convenientes una liga ó confederacion de las tres potencias contra los turcos y otros cualesquiera infieles enemigos de la cristiandad, prometiendo bajo su real palabra cumplir, guardar y observar todo lo que por dichos sus representantes se determinase, pactase y acordase, dándolo desde luego por aprobado, firme y valedero, en testimonio de lo cual expedía sus cartas signadas de su mano y selladas con su sello (2).

Habiendo el dux de Venecia Luis Mocénigo, y el senado de la Señoría otorgado iguales ó semejantes poderes á sus embajadores en Roma Miguel Suriano y Juan Soranzo, y nombrado por su parte el pontífice Pio V cinco cardenales para el mismo objeto, abriéronse las conferencias en la capital del orbe católico para formar la liga contra el turco.

Vióse desde luego lo difícil que era traer á comun acuerdo potencias que obraban impulsadas por diversos pareceres y fines. Las dificultades nacian principalmente de la república de Venecia, que en vez de pedir, puesto que era la mas directamente interesada y habia de ser la mas favorecida, aspiraba á imponer condiciones. Quería además Venecia que se concretara el objeto de la confederacion á quebrantar el poder del turco, y como quien dice, á libertar á Chipre; cosa en que no podían consentir los representantes de España, cuyos fines eran mas nobles y mas vastos, puesto que proponian que la liga no fuese temporal, sino perpetua; que no se limitara á combatir á los turcos, sino que se hiciera extensiva contra los moros y otros enemigos de la cristiandad, de quienes el rey católico tenia tanto ó mas que temer que de los otomanos. Suscitáronse dificultades tambien respecto á la persona á quien se habria de confiar el mando superior de todas las fuerzas de las naciones confederadas. Pretendia este derecho Venecia, como la nacion en cuyo favor se hacia la liga; pero reclamábanle los comisionados del rey católico, como el mas poderoso y como el que habia de concurrir con mas fuerzas á la lucha y con mas dinero á los gastos de la guerra. Proponian, pues, los españoles á don Juan de Austria, y contrade-

(2) Copia del real despacho en latin, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, tomo 36. Miscelánea del conde de Villumbrosa. *In cujus fidem* (concluye el despacho) *mandavimus dari has nostras litteras nostrae eadem manu subscriptas, et sigillo nostro signatas. Dat. in civitate nostra Hispani XVI. Maii anni 1570. Ego Rex.—Antonius Perez.—Locus sigilli.*

ciarlo los venecianos. Aspiraban también aquellos á nombrar lugarteniente de su nación, pero exponía el pontífice que creía conveniente á la dignidad de la Iglesia que al menos este cargo le tuviese un general de la Santa Sede. Los venecianos no querían obligarse á guardar la liga sino bajo la fe de su palabra; mas los españoles que fiaban poco en las palabras de quienes no tenían fama de ser escrupulosos guardadores de los tratados, que recordaban la historia de las alianzas de la república, y no tenían la mas favorable idea de la constancia de los de aquel Estado, insistían en que se ligaran todos con juramento, y so pena de incurrir en las censuras de la Iglesia.

En estas disidencias y altercados, naturales entre negociadores que no llevaban un mismo designio y un pensamiento comun, y que hubieran debido hacer augurar mal de una liga en tales principios cimentada, trascurrió bastante tiempo, trabajando sin cesar el pontífice para hacer venir á los contratantes al acuerdo que con tanto ahinco deseaba. Los esfuerzos asiduos del jefe de la cristiandad dieron al fin su fruto, y despues de mucha discusion y de vencidas no pocas dificultades, se pactó la Santa Liga ó Confederacion, bajo las siguientes principales capitulaciones:

Confederacion perpetua para resistir y aniquilar, no solo la fuerza de los turcos, sino también las de los moros de Argel, Túnez y Tripoli.

Las fuerzas de los coligados se habían de componer de doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, españoles, italianos y tudescos, cuatro mil quinientos caballos ligeros, con la correspondiente artillería y provisiones.

Esta armada y ejército habían de estar aparejados y en orden en Levante para marzo, ó lo mas tarde abril del siguiente de 1571, y de la misma manera en los años consecutivos.

Su Santidad contribuiría con doce galeras bien provistas, y con tres mil infantes y doscientos setenta caballos ligeros.

El rey católico subvendría con tres partes de seis á los gastos de la guerra, con dos el dux y senado de Venecia, y aun suplirían en la misma proporcion la parte que restaba al pontífice, si no le fuese posible satisfacerla.

Cada nacion aportaría los artículos y productos que mas en abundancia tuviese, indemnizándose del exceso con otros en equivalencia.

Si el rey católico fuese acometido de turcos ó moros en tiempo en que no estuviera reunido el ejército de la liga, el dux y la señoría de Venecia se obligaban á socorrerle con cincuenta galeras bien provistas y armadas, de la misma manera que S. M. había auxiliado á Venecia en este año de 1570 con otras tantas. Lo mismo se estipulaba recíprocamente para todos los casos en que cualquiera de los Estados de la confederacion fuese invadido, y muy especialmente para las tierras del dominio de Su Santidad.

La administracion de la guerra se haría con parecer y deliberacion de los tres capitanes generales de la liga, dándose por bueno lo que dos de ellos aprobaran.

El general en jefe de las fuerzas de la liga seria el señor don Juan de Austria, y en su ausencia ó imposibilidad el que mandara las galeras del pontífice.

Se reservaba un lugar, por si quisiesen entrar en la confederacion, al emperador Maximiliano de Alemania y á los reyes de Francia y Portugal, debiendo el Santo Padre amonestar y exhortar á ello al emperador, al rey de Polonia y á otros reyes y príncipes cristianos.

La particion de todo lo que se conquistare se haría conforme á lo capitulado en la liga de 1537.

Todas las diferencias que pudieran suscitarse entre los confederados se remitirían al juicio de Su Santidad y de sus sucesores.

Ninguna de las partes ni por sí ni por otro medio podria tratar paces, treguas, ni otra concordia con el turco sin conocimiento y anuencia de los demás.

Si alguno faltare á este pacto, incurriría en pena de excomunion mayor *late sententia*, y en entredicho eclesiástico sus vasallos, tierras y señoríos, absolviendo el papa á sus súbditos del juramento de obediencia y fidelidad.

Tales fueron las bases de la famosa liga entre la Santa Sede, el rey de España y la república de Venecia contra el

sultán de Turquía y contra los infieles enemigos del nombre cristiano (1).

Mientras esto se trataba en Roma, el sultán había encomendado la empresa de Chipre á sus mas ardientes promovedores, Mustafá, y Piali-Bajá, este como general de la armada, aquel como jefe de las fuerzas de tierra. Ciento sesenta galeras, é igual número de embarcaciones, entre fustas, galeotas, mahonas, caramurzalas y barcos de transporte, con mas de cincuenta mil hombres de desembarco, fueron enviados por escuadras y con cortos intervalos á aquellos mares, aterrando las poblaciones de la isla con los desmanes que los soldados cometían do quiera que desembarcaban. Despues de algunas ventajas y de algunas pérdidas que mutuamente tuvieron las dos armadas enemigas, púsose Mustafá sobre Nicosia, la capital y el centro de la isla, y la plaza mejor fortificada, y lo hizo contra el dictámen de Piali que opinaba por el sitio de Famagusta. Por creer también mas amenazada y en mas peligro esta plaza había acudido á ella el gobernador de Nicosia, Astor Baglioni, dejando la defensa de la capital á cargo de Nicolás Dandolo, hombre de escasisima capacidad. No era mas perito el conde de Tripoli, Jacobo de Nores, que mandaba la artillería; el conde de Rocas, lugarteniente del gobernador, tampoco tenia mas experiencia militar, y los diez mil hombres de la guarnicion ni estaban bien armados ni eran gente hecha á las armas. Sentó Mustafá sus reales delante de Nicosia (25 de julio) con cerca de cien mil hombres, de ellos mas de cincuenta mil de tropas regulares. Los venecianos habían arrasado cuatro años antes la ciudadela, y convertido la ciudad en una plaza regular, protegida por once bastiones, para cuyas obras habían demolido ochenta iglesias, y el gran convento en que descansaban las cenizas de los reyes de Jerusalem, los Lusignan, los príncipes y princesas de Galilea y de Antioquia, los senescales, almirantes, condestables, y

(1) Una copia de estos capítulos, sacada de la Biblioteca del señor duque de Osuna, se ha insertado en el tomo 3.º de la Coleccion de Documentos inéditos de los señores Navarrete, Baranda y Salvá.

El señor Rosell, que ha escrito recientemente una excelente Memoria sobre el combate naval de Lepanto, Memoria premiada por la Real Academia de la Historia en el certámen de 1853, y cuyo mérito nos complacemos en reconocer, ha incurrido en este punto, á nuestro juicio, en una grave equivocacion. Todo lo que el señor Rosell dice de las dificultades que surgieron para la Liga y de los capítulos que al fin se acordaron, parece referirlo al año 1571, pues nada absolutamente habla de lo estipulado en 1570 (pueden verse los capítulos I y II de la Memoria). Así es que los dos documentos que cita en los apéndices, uno latino, sacado de la Biblioteca de la Academia de la Historia, otro castellano, copiado de la Crónica de Jerónimo Torres y Aguilera, ambos contienen la ratificacion que se hizo en mayo de 1571. Pero de ser dos actas distintas y de dos años diferentes las que el señor Rosell creyó una sola, certífican: 1.º las varias veces que en el documento por nosotros citado, se nombra *el presente año de 1570*, y *el siguiente de 1571*, como el en que había de empezar á observarse la Liga; 2.º la diferente fecha que encabeza ambos documentos: el citado por nosotros comienza: «Jhs.—Invocando el nombre y auxilio del omnipotente Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Año de la Natividad de 1570, y el quinto del pontificado de nuestro Santísimo y Beatísimo Padre por la divina Providencia Papa Pio V...»—Y el del señor Rosell empieza: «Ante todas cosas invocando el nombre de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Spiritu Sancto, Amen. Año del nacimiento de nuestro Señor Jesuchristo de 1571, y seis del pontificado de nuestro muy Santo Padre en Christo, por la divina Providencia Pio Papa Quinto...»

El ilustrado autor de la Memoria, que acaso se dejó guiar por Cabrera, á quien no sabemos cómo pudo escaparse, en su buen talento, el coetejo de estos documentos, quiso dar explicacion á este que á nosotros nos parece error con una idea que no hemos visto en otro, á saber: que no habiendo de tener efecto la Liga hasta el año siguiente (que según él, había de ser el 1572), se estipuló por separado otro convenio para que rigiese en el actual (esto es, en 1571), determinándose entre otras cosas, que en todo el mes de mayo se hallasen en Otranto ochenta galeras y veinte naves, que deberían unirse con la armada veneciana, no incluyéndose en aquel número las del pontífice, ni las de Saboya y Malta. De consiguiente, tenían que ser las españolas.

Mas no advirtió el señor Rosell, que habiéndose firmado la ratificacion de la Liga, según el documento latino, en 25 de mayo, según Torres Aguilera y Vander Hammen, en 29 de mayo, era muy difícil y casi imposible del todo, que en *el mes de mayo* hubieran de estar las ochenta galeras y veinte naves de España en Otranto. Es, pues, indudable para nosotros, que todo esto debe referirse al pacto de Liga hecho en 1570.

chambelanes de Jerusalem y de Chipre, los condes y barones de Tiberiada, Sidon, Cesárea y Nicópolis, con muchos obispos, arzobispos y patriarcas.

No era posible que resistiera á ejército tan numeroso y aguerrido una ciudad, aunque fuerte, por tan inhábiles jefes y por gente tan bisoña defendida. Hicieron no obstante los nicosianos en su desesperacion algunos esfuerzos de valor, que llegaron á dar cuidado á Mustafá, hasta el punto de pedir cien hombres de refuerzo á cada galera, y el sitio se prolongó mas de siete semanas. Por último el 9 de setiembre, día finestamente memorable para aquella infortunada ciudad, despues de batidos á un tiempo cuatro de los principales bastiones, fué entrada por asalto; los habitantes se echaban á los piés de los turcos implorando misericordia, pero los bárbaros no conocían la piedad, á todos los degollaban con rabioso frenesí, y las tropas de la plaza fueron igualmente acuchilladas. El proveedor Nicolás Dandolo pereció de la misma manera, víctima de su ineptitud y su ignorancia. Todos los horrores, todas las crueldades con que los vencedores suelen manchar su triunfo en una ciudad tomada por asalto, los ejecutaron los turcos en la infeliz Nicosia (1).

¿Qué habían hecho entre tanto la armada de los turcos y la de los confederados? Piali había andado cruzando con las galeras del imperio las aguas de Rodas; y el virey de Argel Uluch-Ali, ó según otros le nombran, Uluch-Aali, había acudido con sus naves y sus corsarios, y logrado incorporarse á la armada turca despues de haber apreado cuatro galeras de Malta. En cuanto á la armada de los cristianos, las flotas de España y de Roma no se reunieron hasta el 31 de agosto á la de Venecia, que había recorrido el Archipiélago, las Cícladas y Candía, procurándose refuerzos de hombres y de vituallas y también saqueando y cometiendo desmanes. En esa tardanza había cabido alguna mas culpa al general pontífice Marco Antonio Colonna que el almirante español de Sicilia Juan Andrea Doria, pues al cabo este había tenido necesidad de dejar provista la Goleta y asegurada la costa de África. Reunidas al fin, con gran contento de los venecianos, las tres escuadras en el puerto de la Suda, celebró consejo de generales y capitanes (1.º de setiembre) para deliberar á qué punto convendría mas se dirigiese toda la armada. Opinaban unos que á libertar á Nicosia; otros proponían acometer alguna de las posesiones otomanas como el mejor medio para distraer á los invasores de Chipre.

Pero Andrea Doria, que había heredado la prudencia y el valor, así como la pericia en las cosas de mar del príncipe su tío, sin oponerse al dictámen de encaminarse á Chipre como la resolucíon mas digna, expuso que seria bien, antes de acometer una empresa arriesgada, reconocer el número, estado, condicion y calidad de las fuerzas y bajeles con que contaban para ello, y ver si estaban todos tan bien acondicionados como los que el rey don Felipe había puesto á su cargo. Sobradamente penetraron los venecianos á dónde iba dirigida la observacion de Doria, mas no pudiendo negarse á hacer la muestra y reconocimiento que deseaba, por mas que anduvieron remisos, accedieron al fin á que se verificase, y se halló lo que Doria temía con razon, ó sabia ya acaso, no pudiendo menos

(1) Tenemos á la vista para la sucinta relacion que vamos haciendo de estos sucesos las obras y documentos siguientes: Juan Sagredo, veneciano, *Memorie storiche de Monarchi Ottomani*.—Parutta (Paolo) veneciano también, *Della guerra di Cipro*.—Uberto Foglieta, genovés, *De sacro federe in Selimem*.—Contarini (Juan Pedro), *Istoria delle cose successe dal principio della guerra mosca da Selim Ottomano á Venetiani*.—Contarini (Gaspard), *Del Gobierno de Venecia* (en latin).—Daru, francés, *Histoire de la republique de Venise*.—Graziani, toscano, *De Bello Cyprio*.—Caraccioli: *I Commentarii delle guerre*, etc.—Hadschi-Chalfa, *Historia de las guerras martimas de los otomanos*.—Hammer, alemán, *Historia del imperio otomano*, traduccion de Dochez, y los documentos de los archivos imperiales y reales, citados por este.—Brantome, francés, *Vida de Juan Andrea Doria*.—Vander Hammen, español, *Historia de don Juan de Austria*.—Herrera, español, *Guerra de Cipro y batalla naval de Lepanto*.—Torres y Aguilera, español, *Chronica y recopilacion de varios sucesos* etc.—Cabrera, español, *Historia de Felipe II*.—Ossorio, español, *Joannis Austriaci Vita*.—Manuscritos de la Biblioteca Nacional.—Coleccion de documentos inéditos.—Manuscritos de la Biblioteca Nacional, de la del Escorial, de la del duque de Osuna, y del archivo general de Simancas.

de manifestar su admiracion de que con naves tan mal aparejadas y tan pobremente dotadas de chusma y de soldados, se hubiera atrevido la república á acometer una empresa de tal magnitud y de tanto peligro. Remedióse el mal en la parte que entonces era posible, y puestas por fin en orden de marcha las tres escuadras (17 de setiembre), navegaron al canal de Rodas, y cuando los vientos las habían llegado á guarecerse al abrigo de Puerto Vati y Calamiti, llególes la infausta nueva de la pérdida de Nicosia, con todos los horrores que los turcos habían ejecutado en muros, casas, defensores y habitantes (2).

Por mas que los venecianos procuraran (disimular el sentimiento de una catástrofe que exclusivamente se había debido á la negligencia de la Señoría y á la ineptitud de los jefes encargados de la defensa de la ciudad que acababan de perder, el genovés Doria, que ni se alucinaba ni gustaba de que se dejaran alucinar de apariencias, provocó otro consejo general (23 de setiembre) para sondear la opinion de cada uno respecto á la resolucíon que en caso tan grave se debería adoptar. Proponían unos dirigirse á Negroponto, otros á la Morea, y en discursos y pareceres diversos se consumió el tiempo sin poder venir á conformidad, y se disolvió la junta sin resolverse nada. Disgustado el general de la armada española con tales disidencias y tal desorden, y alegando no haberse comprometido á permanecer en aquellos mares sino por término de un mes, y tener que atender á las costas de Sicilia, de donde le separaba tan gran distancia, anunció su determinacion de retirarse, y fueron menester todos los esfuerzos de los generales de Venecia y del pontífice para que accediera á quedarse hasta terminado el setiembre. Mas como luego el general pontífice se atreviera á preguntarle con cierta presuncion y arrogancia propia de su carácter, si mandándosele él se quedaria, Doria le contestó con entereza, que para ser obedecido necesitaba darle testimonio de la autoridad con que procedía. De unas en otras palabras se fueron acalorando Colonna, Doria y César Dávalos, en términos que el asunto hubiera podido pasar muy adelante sin la prudencia de Juan Andrea que se retiró é hizo retirar á Dávalos. Tan poca concordia reinaba entre los jefes de la confederacion!

No tardó, pues, en verificarse la separacion; mas no ya por culpa de Doria, aunque es verdad que la apetecía, sino de los mismos Colonna y Zanne, generales del papa y de la república, que sin comunicárselo á Doria se alejaron de Puerto Tristano con sus armadas, dejándole solo con su flota. Entonces él, considerándose libre, bien que no sin pedir todavía la venia á los otros dos generales, tomó la vuelta de Sicilia (5 de octubre, 1570), donde arribó sin detrimento de su gente ni menoscabo de sus naves. De esta retirada, de que quisieron los generales de Venecia y Roma hacerle un cargo, así como

(2) Hé aquí el orden de marcha que llevaba, y la fuerza naval que constituía la armada cristiana de la expedicion de Chipre.

Marcos Querini, veneciano, iba de vanguardia con doce galeras
Marco Antonio Colonna, general de Su Santidad, con otras doce.
Juan Andrea Doria, capitan general de S. M. C., con diez y seis.
Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz y virey de Nápoles, español, con diez y nueve.

Don Juan de Cardona, virey de Sicilia, español, con diez.
Jerónimo Zanne, general de los venecianos, con treinta.
Sforza Pallavicino, veneciano, capitan general de tierra, con veinticinco.

Jacobo Celsi, proveedor de la armada veneciana, con veinte.
Antonio Canale, id., con diez y nueve.
Santos Trono, veneciano, en la retaguardia, con diez y seis.
Francisco Duodo, id., con doce.
Pedro Trono, id., con catorce naves y galeoncillos.

Total de bajeles venecianos.	148
De España.	45
De Su Santidad.	12
Total general de buques.	205

En esta relacion no se cuentan los barcos de transporte. El número de la gente de guerra no pasaba de quince mil hombres: de ellos mas de ocho mil eran venecianos; Doria llevaba tres mil españoles y dos mil italianos; los del pontífice no eran mas de cuatro mil. Hay que añadir los nobles y aventureros que iban voluntariamente.